Palabras pronunciadas por Aurora Conde

(profesora de la Universidad Complutense de Madrid)

en la presentación de la novela «Memorias de la salamandra»

en Madrid

IMPRESIONES DE LECTURA (*)

¿Cómo empezar resumiendo las impresiones que *Memorias de la Salamandra* de Rosario Curiel me ha causado? ¿Cómo hacerlo sin academicismo y deformaciones profesionales de un modo simple y directo logrando sintetizar lo mucho que me ha gustado? Pues creo que lo más sencillo es decir que *Memorias de la Salamandra* es un buen libro. De los que da pena terminar de leer. Y es además un libro bueno: complejo, trabajado, sincero, dictado por una voz auténtica en sus planteamientos y madura en sus formas. Y es un libro que esconde sorpresas y que incita a una lectura participativa y activa, para proponer una reflexión importante y necesaria en su conclusión.

Empecemos por las sorpresas. La primera es que, pasadas las dos primeras páginas, irónicas, corrosivas pero en cierto modo, más previsibles, la novela nos arrastra por una arquitectura textual que no esquiva ningún obstáculo y eso es una, no la única, marca de su cualidad y calidad posmoderna. ¿Cuáles son esos obstáculos? Pues, entre otros, el recurso a materiales y a citas colocados en función totalmente renovada y en contexto de una prosa cuidadísima que se pone más allá de un género definido, y que se ofrece casi como un texto dinámico o dicho en otras palabras (académicas y profesionales me temo) sostenido por una interdiscursividad extrema y lograda. La autora construye un texto en el que la hibridación es permanente y arriesgada, lo hace de manera brillante, con valentía y sobre todo de manera original, nueva, gratificante para el lector, utilizando muy a menudo un fino y soterrado sentido del humor, un humor literario y nunca banal que es otra de sus muchas virtudes y que, como lectora, he agradecido muchísimo.

La novela, hablando ahora de su trama, es la historia de dos mujeres, dos seres complementarios y singulares, cuyas vidas se engarzan y entremezclan con otras: las de otras mujeres, las de algunos hombres y, por encima de todo, con un segmento de nuestra identidad colectiva. Todos los personajes principales (y especialmente las dos protagonistas Ángela y Vera) tiene como elemento común el hecho de estar vinculados de un modo u otro con un gimnasio *full luxury* que se ubica en el centro de un barrio emergente y residencial de la ciudad de Lleida. Ni que decir tiene que tanto las descripciones del barrio, como las del gimnasio y las de muchos de sus usuarios, son algunas de las partes más corrosivas e irónicas del libro, a veces

auténticamente humorísticas. Sin embargo, y este es uno de sus grandes, ese aparente humor revela también su lado más trágico y crítico porque el lector es puesto, casi sin darse cuenta, ante la narración de un destrozo urbanístico irracional y vacío (el barrio recuerda esos no lugares de los que tan bien habla Marc Augé) que cobija, y tal vez genera, un espacio de aniquilación tan irracional o más que el primero: el gimnasio. En este, el culto al cuerpo perfecto y a la eterna juventud esconden un vacío más grave y profundo que el social y urbanístico, como si los cuerpos musculados fueran carcasas huecas, algo como los animales disecados que se pueden contemplar en las vitrinas que recrean su falso hábitat en un diorama. La misma tristeza y perplejidad que una siente contemplando esas estáticas recreaciones, se cuela entre las líneas, sabiamente y atentamente cinceladas, con las que Rosario Curiel nos describe ese barrio fantasmal, ese gimnasio absurdo, poblado por esos cuerpos enfocados en su más baja y limitada materialidad, narrados en su vacía función de meros expositores de una difusa y angustiosa nada.

De hecho, Vera y Ángela comparten otro aspecto común que es además uno de los dos grandes temas del texto es decir, su pésima, casi patológicamente enfermiza relación con sus propios cuerpos que esconde, en ambos casos, una aún peor y más grave mala relación con su yo y su vida. En el contexto de ese barrio y de ese gimnasio, su angustia destaca por encima del completo aturdimiento, de la banalidad que domina, en cambio, a la mayoría de las otras presencias. Ellas, en cambio, perciben perfectamente el chirriamiento desasosegante y angustioso de su entorno, de ese hábitat falso y fantasmal que el gimnasio, el barrio y la propia ciudad representan. Y ambas focalizan en su cuerpo esa informe inquietud intentando resolver su angustia a través de la adquisición de una forma, aunque solo sea física, a través de una lucha violenta para dominar y controlar ese cuerpo, que termina siendo usado y castigado justamente como si fuera un continente vacío, algo ajeno y distinto a su propia, atormentada y dolida conciencia.

Lo físico es un elemento esencial de la novela y en un fragmento resolutivo del texto, una de las dos protagonistas nos revela sin matices ese conflicto entre su aspecto, su cuerpo, su imagen y su conciencia y centra el origen de su (¿nuestra?) profunda y melancólica insatisfacción justamente en esta tensión conflictiva y nunca resuelta entre realidad y apariencia.

La importancia de lo físico que es podría decirse la “metáfora clave” de este texto, está subrayada en la novela con una serie de remisiones y llamamientos que van incorporando desde la biología a la propia física (una de las protagonistas es de hecho profesora de ciencias) centrándose, naturalmente, en extensas reflexiones sobre el cuerpo en concreto: sobre sus enfermedades, necesidades, usos. Directamente relacionado con este aspecto “físico”, nos encontramos además con una de las incursiones más desconcertantes del libro, una de esas partes de valiente hibridación en la que la autora integra un segmento aparentemente desvinculado de todo lo demás.. Me refiero a la inclusión y mención de la vida de Frederyc Ruysch, un médico

forense holandés que vivió en el siglo XVII, que fue un personaje real e inquietante y cuya mención simbólica adquiere, al final de la novela, todo su interesantísimo valor y sentido.

Hace pocas líneas, me he referido a “uno de los dos” grandes temas de las *Memoria de la Salamandra,* pese a saber bien que la frase es muy restrictiva y sin duda injusta, porque la novela tiene muchos otros temas y sin duda más de dos . De hecho en el libro se habla de amor, de relaciones interpersonales, de soledades, de neurosis, de locura, de compañerismo, de amistad, de juventud, de vejez, de experiencia , de relaciones familiares a todos los niveles; se habla de vida y de muerte. Y se habla muy bien de todo ello.

Sin embargo, y vuelvo a mis “dos “temas, el otro gran eje de la novela es el que está referido y relacionado con la memoria, entendida esta en un sentido muy actual (otra vez esa adherencia a la posmodernidad) como un proceso de reconstrucción y reconocimiento del yo, como una especie de camino cognitivo permanente, a través del que nuestra conciencia revisa e intenta encajar los distintos estados y etapas que nos conforman. El reestablecimiento de la continuidad de la memoria (saber quiénes somos, reconocernos en ese otro, ahora extraño, que alguna vez fuimos, encontrar continuidad en nuestro tiempo interno, extraer conclusiones y fórmulas de superación) se trasforma en algo absolutamente imprescindible para que las dos protagonistas (¿nosotros?) establezcan el equilibrio interior suficiente que les permita seguir viviendo. Seguir viviendo plenamente, cabría añadir, sin sentirse (como también dice explícitamente una de las protagonistas) solo portadoras de una máscara, una máscara de Arlequín además, hecha a su vez de retazos de otras.

El epígrafe que introduce al texto me da la razón respecto de la importancia de la memoria (*“La memoria a veces avanza, a veces retrocede y a menudo nos engaña”*) pero además todo el libro enfoca intensamente esta cuestión y lo hace también a través de su poderoso aparato de citas, de esos intertextos de los que la novela abunda y usa con plena coherencia y efectividad y a los que quisiera volver ahora dejando solo apuntada, por ahora, la importancia de la cuestión memorial.

Entre las muchas citas del texto algunas, sobre las que no voy a detenerme, revelan la formación y las afinidades estéticas, y literarias, de la propia autora y están extraídas de la más sólida y reconocible tradición cultural. Rosario Curiel lo confiesa, creo, poniendo en boca de un personaje una frase que podría aplicarse perfectamente a su estilo y a ella misma: “*Oh, mi lenguaje es fruto de mis muchas lecturas y amalgamas*”.

Para constatar la importancia de estos intertextos y de estas remisiones literarias transformadas en elementos dinámicos dentro de la novela, bastaría fijarse en el propio título del libro, en la mención a esta *salamandra*, animal mítico, uno de los “seres elementales”, espíritus o genios de pureza extrema

que habitaban cada uno de los cuatro elementos y se comunicaban con el ser humano para conseguir la inmortalidad.

Pero esa Salamandra es además, creo, el animal que aparece también en uno de los más difíciles poemas de Octavio Paz, algunos de cuyos versos, para quienes ya hemos leído la novela de Rosario Curiel, adquieren un nuevo significado:

Me refiero a un fragmento del homónimo poema del libro *Salamandra* que Paz publicó en 1961

(…)
Salamandra
nombre antiguo del fuego
y antídoto antiguo contra el fuego
y desollada planta sobre brasas
amiante amante amianto

Salamandra
en la ciudad abstracta
entre geometrías vertiginosas
—vidrio cemento piedra hierro—
formidables quimeras
levantadas por el cálculo
multiplicadas por el lucro
al flanco del muro anónimo
amapola súbita
(…)

Más allá de la importancia que el símbolo de esta Salamandra tiene y que atraviesa toda la novela, incesantemente, la autora nos va llevando también a través de otras citas, a veces más esclarecedores, otras más inquietantes, siempre auténticos puntos de puesta en fuga de un significado que se abre y enriquece a múltiples perspectivas y significados.

Entre las citas más explícitas no puedo no señalar los guiños hechos a nuestra cultura más reciente, como la larga referencia en la página 148 a performances artísticas míticas, y realmente celebradas, como la titulada “Posthumain”, que se celebró en Lausana en 1992 y que tuvieron el cuerpo y sus tratamientos como motivo central para su celebración.

Hay otras citas menos explícitas pero no menos importantes, como las muchas que remiten al barroco, esa época y esa corriente artística de la que el añorada Tabuco decía que amaba los equívocos. Pongo como único ejemplo de ello la divertida tergiversación que la novela hace de la expresión latina “*latet anguis in herba*” (convertida en la novela en “*un latet anguis in cella*”), que es una especie de tropos muy usado en la escritura barroca y también, por ejemplo, en poetas como Góngora para simbolizar los peligros ocultos, pero también lo engañoso de las apariencias y por lo tanto, en un segundo nivel,

también del propio desengaño. Y luego hay citas más divertidas, más novedosas, hay neologismos calcados de antiguas memorias literarias (Bio, Timi y X-456), hay muchas citas pictóricas (Munch, Richard Serra, por poner solo dos ejemplos explícitos, pero hay muchos otros), hay memorias cinematográficas y televisivas, hay citas muy hermosas, colocadas casi como paráfrasis a la acción de los personajes (por ejemplo, los versos del poema LXI de Rubén Darío: "*Dichoso el árbol que es apenas sensitivo y más la piedra dura porque ella ya no siente…"*). Pero lo que más hay es esa interdiscursividad a la que me refería al principio y con la que deseo concluir, y que une este texto literariamente emocionante y hermosos, a la música, y lo hace de una forma tan intensa y esencial que tal vez lo justo y correcto sería decir que su mayor cita es justamente la que remite a melodías y a músicos, a composiciones y modos, a sonidos incluso, a todo lo que emite ese otro lenguaje, la música, que se opone a la materia y al cuerpo.

Para concluir y animar a los lectores a que de verdad lean y se metan en esta hermosa, compleja, triste y al mismo tiempo divertida novela, solo queda decir que su historia termina (y no termina, claro, como buena obra posmoderna que es) y que la memoria logrará recomponer el yo de una de las dos protagonistas, la que al final alcanza el final del recorrido hacia atrás, hacia el corazón mismo de su conciencia y recupera, con ello, su equilibrio y el sentido de su vida. Vera y Ángela nos proponen dos caminos distintos pero complementarios en este recorrido abismal hacia si mismas: una rebuscará restaurar su memoria hecha de imágenes y de re-presentaciones (es de hecho, pintora); la otra lo hará a través de sus emociones, dejándose invadir y conformar por ese otro lenguaje no representativo que es la música, lo más alejado de una imagen física que se pueda concebir y que creo es uno de los elementos actanciales más importantes e imprescindibles del texto.

Al final el mensaje de esta novela, y lo digo de manera tal vez excesivamente simple,, quitando importancia a los muchos otros matices que tiene el libro,es melancólico pero optimista. Optimista como lo puede ser un texto inteligente y agudo, que reflexiona de forma lúcida y madura sobre un pequeño fragmento de nuestra identidad.

Espero que *Memorias de la Salamandra* y, aún más, su autora tengan muchos lectores, porque ambas lo merecen. De verdad.

(*) Quiero agradecer a los discretos amigos de La Discreta el triple o casi cuádruple honor que me han hecho: a) publicando y permitiéndome leer esta magnífica novela, b) pidiéndome mi modesta y titubeante colaboración en presentarla, c) ofreciéndome la posibilidad de dejar por escrito mis impresiones de lectora, d) permitiéndome, gracias a ello, constatar –si es que acaso hacía alguna falta- que nunca un comentario por entusiasmado que sea (y el mío lo es) logra ni remotamente hacer justicia a la belleza de un texto cuando es bello de verdad (y la *Salamandra* lo es).